

## **EDITORIAL**

Al término de la guerra fría y de la confrontación bipolar, que mantuvo en jaque a la seguridad internacional por más de cuatro décadas, se ha entrado en un escenario que se ha denominado “el mundo de la globalización”. Este se caracteriza, entre otros aspectos, por su interdependencia económica y comunicacional, lo que ha producido profundas transformaciones en las relaciones entre los estados. Iberoamérica también ha sido afectada por este fenómeno. La creciente complementación económica, la decidida integración de los países a los tribunales internacionales, con la esperanza de lograr soluciones a los inevitables problemas que se producen entre unidades políticas independientes, ha creado en esta área un escenario distinto al que caracterizó a gran parte del siglo XX.

La temática de la seguridad y defensa no ha podido sustraerse a este cambio, y los gobiernos han debido actualizar sus apreciaciones en esta delicada materia, con el objeto de definir políticas de defensa realistas, que permitan superar un escenario caracterizado por la incertidumbre y desarrollar un instrumento militar eficiente y eficaz, comprendiendo que esto es posible sólo si se compatibiliza con los recursos de países en desarrollo, siempre insuficientes para satisfacer las necesidades sociales de una ciudadanía que, con toda derecho, aspira a superar desigualdades extremas y disfrutar de una vida digna, propia de la modernidad.

Los estudios realizados indican la aparición de amenazas emergentes, entre las que podríamos citar el terrorismo extremo, el fanatismo religioso o étnico, la proliferación de armas nucleares y químicas, el incremento del crimen organizado, el narcotráfico, la corrupción a gran escala, el descuido con el medio ambiente, entre otras. Estas no sólo han afectado internamente a algunos países, con un alto costo material y humano, sino que han producido verdaderas situaciones de ingobernabilidad, que han puesto en jaque sus institucionalidades democráticas.

A partir del 11 de septiembre de 2001 tras el atentado sobre las torres gemelas y el Pentágono, en el corazón de los EE.UU. de América, quedó en evidencia que estas amenazas habían adquirido una dimensión transnacional, que el terrorismo había alcanzado una capacidad de acción notable y que los grupos extremos que lo ejecutaban, contaban con el mal disimulado apoyo de algunos países. La situación se hizo extremadamente grave y peligrosa, al denunciarse la posesión, por parte de algunos de éstos, de armas de destrucción masiva.

Es evidente que, en este escenario, todos los países son amenazados, cualquiera sea su tamaño, poderío y ubicación geográfica. A ello debemos agregar que las lamentables experiencias vividas últimamente han demostrado que los conflictos no siempre pueden ser resueltos a través de la intervención de los organismos internacionales. Y que aunque esta intervención fuera exitosa a través de la vía diplomática, el uso de la fuerza, enmarcada dentro de los parámetros de lo que conocemos como “guerra justa”, sigue vigente como una solución extrema.

Este imperativo está imponiendo a los ejércitos reestructurar sus planificaciones estratégicas y la aplicación de criterios más amplios para gestionar sus procesos internos.

Por esta razón es que los ejércitos iberoamericanos, sin excluir sus percepciones particulares sobre esta temática, han canalizado su que hacer hacia procesos de reestructuración organizacional que les permitan operar en cuatro áreas de acción. La primera y que ha sido una responsabilidad permanente a través de la historia, se refiere a la defensa del país ante una posible agresión externa de tipo convencional. Para ello, han desarrollado un potencial disuasivo, que de ninguna manera pueda ser considerado como el germen de una actitud hostil.

La segunda área de acción se orienta hacia la cooperación internacional, lo que implica la posibilidad de contribuir a las labores de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos. Para ello intercambian experiencias en todo el espectro de la seguridad realizando ejercicios combinados que les permiten complementar sus capacidades operativas.

La tercera área de acción se refiere a la contribución al desarrollo nacional, algo indispensable en países de limitados recursos, que ha demostrado su eficacia a través de la historia y en la que las fuerzas armadas, en sus respectivos escenarios, han centrado sus esfuerzos en aquellos espacios territoriales que, por su complejidad, dificultan la acción de organizaciones civiles.

Finalmente, mantiene su importante y plena vigencia el contribuir a la cohesión y unidad de la ciudadanía, fortificando los valores y principios que refuerzan la identidad como nación y la tan necesaria relación civil – militar.

Coincide esta edición con la fecha de mi regreso después de haber tenido el alto honor de desempeñarme durante 18 meses como asesor de la revista *Military Review* compartiendo con un equipo de gran capacidad profesional y calidad humana, que superando las diferencias propias de la heterogeneidad de nacionalidades, centra diariamente sus esfuerzos por lograr y mantener el alto nivel de prestigio de esta publicación, constituye todo ello una experiencia profesional imborrable, que agradezco muy sinceramente a todos los que la hicieron posible.

**Teniente Coronel Alejandro Arancibia Ramírez,  
Ejército de Chile  
Asesor de la Edición Hispanoamericana**